

DE LA RECEPCIÓN DEL SOCIALISMO UTÓPICO EN AMERICA LATINA AL MARXISMO CRITICO DE LUDOVICO SILVA

*From the reception of utopic socialism in latin america to the critical
marxism of ludovico silva*

pp:73-96

Lino E. Morán Beltrán

Universidad del Zulia, Venezuela.

linomoranelbeltran@gmail.com

 <https://orcid.org/0000-0003-3253-4288>

Douglas Gudiño

Universidad Nacional Experimental Rafael
María Baralt, Venezuela.

Este trabajo está depositado en Zenodo:

DOI: <http://doi.org/10.5281/zenodo.4395224>

Teófila G. Adelaido

Universidad Nacional Experimental Rafael
María Baralt, Venezuela.

Yacira E. Silva Nieves

Universidad de la Guajira, Colombia.

 <https://orcid.org/0000-0001-8759-5278>

Resumen

El hecho educativo ha sido un tema recurrente dentro de la obra de la intelectualidad socialista. El presente trabajo destaca el ideario pedagógico desde la recepción del socialismo utópico hasta la emergencia de la obra de Ludovico Silva en Latinoamérica. Se concluye que en la obra de estos pensadores, la educación es un instrumento que tributa a la emancipación de los pueblos por lo que es necesario que ella responda a las circunstancias que impone la historia, procurando dar respuesta a los problemas particulares de la región.

Palabras clave: socialismo, ideario educativo, Ludovico Silva.

Abstract

The educational fact has been a reappearing theme within the intellectual work of the socialist intelligentsia. This paper highlights the pedagogical ideology from the reception of utopian socialism in Latin America to the intellectual work of Ludovico Silva. It is concluded that in the work of these thinkers, education is an instrument that contributes to the emancipation of peoples, so it is necessary that it respond to the circumstances imposed by history, seeking to respond to the particular problems of the area.

Keywords: socialism, educational ideology, Ludovico Silva.

INTRODUCCIÓN

Desde la recepción del socialismo utópico hasta la emergencia del marxismo crítico en Latinoamérica se desarrolló un intenso debate plagado de autenticidad. En este devenir destaca una preocupación por el hecho educativo al ser entendido como instrumento necesario para la reivindicación de lo humano ante el impacto del capitalismo.

En la recepción del socialismo utópico en América Latina y Venezuela, destaca la obra del insigne educador venezolano Simón Rodríguez, y la de los marxistas José Carlos Mariátegui y Julio Antonio Mella, como exponentes significativos de un socialismo que procuró interpretar la realidad latinoamericana y su transformación.

Venezuela es un contexto que no se mantuvo ajeno a la influencia de estas doctrinas, de ahí lo importante en desarrollar una aproximación a la historia del pensamiento marxista venezolano desarrollado durante el siglo XX. En este estudio se contempla la lucha contra la dictadura de Juan Vicente Gómez (1908-1935) y el papel heroico de la juventud venezolana de la época entre quienes germinó el ideario socialista. Se destaca igualmente la manera como el marxismo en Venezuela tuvo en sus orígenes la influencia del marxismo soviético expresado fundamentalmente en la organización del Partido Comunista de Venezuela, para luego convertirse en un marxismo universitario en el que destacó Ludovico Silva, con su crítica al dogmatismo como práctica impositiva del marxismo soviético, lo que le

permite acercarse tanto al capitalismo como al socialismo ortodoxo desde una postura anticolonial del pensamiento.

RECEPCIÓN DEL SOCIALISMO UTÓPICO EN AMÉRICA LATINA Y VENEZUELA

La influencia del socialismo utópico en América Latina se manifestó en la obra de numerosos e importantes personalidades, logrando tener un impacto significativo en algunos países de la región. Las circunstancias en Latinoamérica del periodo postindependentista estimulan la preocupación sobre temas y problemas: la exigencia de la igualdad humana, el desarrollo libre de la individualidad, la fraternidad de todos los seres humanos, la necesidad del progreso, la perfectibilidad de la humanidad, fueron tópicos que preocuparon el pensamiento de la generación libertadora y de los intelectuales que la acompañaron y justificaron.

Justo en esos momentos la generación postindependentista asimilaba de la intelectualidad europea nuevas preocupaciones que coincidían con sus aspiraciones. El tema de la educación constituyó preocupación fundamental en el proyecto de la consolidación de las nacientes repúblicas. Emularon así la máxima de Owen quien había afirmado “el carácter se forma”; la “revolución moral” de Fourier, y la necesidad de conciliar el trabajo manual con el intelectual propuesto por Saint Simon (Rama: 1977)

Bajo la influencia inequívoca del utopismo europeo, los intelectuales latinoamericanos creyeron que los

procesos de transformación podían ser producto de la voluntad de los gobernantes, quienes guiados por nobles ideales redimirían a las grandes mayorías. En este sentido la historia del utopismo en nuestra América según la tesis de Rama no comienza antes de 1830, pero se extiende por dos generaciones, casi hasta finales del siglo. En ese contexto el socialismo utópico convive con versiones del socialismo conocidas con el nombre de marxismo y anarquismo que en ocasiones arroja formulaciones teóricas mixtas (Rama: 1977, p. XI).

En nuestra América las primeras propuestas reestructuradoras de la sociedad fundada en la solidaridad y la cooperación, vale decir, sustentadas en las ideas socialistas, se remontan a los tiempos de la gesta independentista y se difunden hasta finales del siglo XIX. Precisamente, como lo afirmó Carlos Rama (1977), en un contexto vinculado con la conformación de las nuevas sociedades, luego de haber salido del proceso revolucionario independentista del siglo XIX. Esta es una época en la cual se libró el complejo desafío de reajustar las instancias políticas, sociales, económicas y culturales, a las expectativas de libertad e igualdad creadas por la gesta emancipatoria.

UTOPIÍA Y EDUCACIÓN EN SIMÓN RODRÍGUEZ

La obra de Simón Rodríguez (1771-1854) se desarrolla en un período de singular agitación en la historia de nuestra América. Él fue partícipe desde los primeros intentos insurreccionales encabezados por Gual (1759-1800) y España

(1761-1799), padeció el exilio, para luego retornar a la patria americana, con el propósito de consolidar la emancipación y dedicarse desde su perspectiva educativa a las urgentes tareas en la organización de los estados que habían conseguido recientemente la independencia.

Con la violencia que significó la lucha por la independencia se generó cierta anarquía que trajo como consecuencia que muchos intelectuales criollos no considerasen a las mayorías populares como ciudadanos dignos de la república. Ante esta situación, Rodríguez asume la defensa de los intereses de los oprimidos, negros, indios, lo que lo ubica en un horizonte doctrinal diferente al de sus conacionales.

Este rasgo característico de la obra de Rodríguez permite descifrar en él una nueva manera de acercarse a la realidad social y abordar sus conflictos, lo que lo sitúa por encima del análisis común de la intelectualidad ilustrada en su época. Su prolongada estadía en el exilio europeo constituye una oportunidad que le permite anticipar los efectos negativos que la introducción del capitalismo produciría en América, lo que representaba un modelo que no debería ser imitado en América.

Consciente de que las guerras de independencia habían acentuado la precariedad material de la población venezolana, apuesta por un proyecto de república como sociedad armónica donde se incluya a los desposeídos y explotados de entonces. En este sentido, la obra de Rodríguez se aproxima al socialismo utópico. Si por socialismo utópico se entiende la solución imaginaria a los conflictos sociales en la perspectiva de mejorar las condiciones de existencia en beneficio de los explota-

dos y excluidos, pero contando para ello con la disposición de los grupos de poder como agentes de transformación.

Desde su perspectiva educativa, Rodríguez reclama una escuela para los niños pobres y abandonados, para los libertos y para todos aquellos que aún no disfrutaban de los beneficios de la independencia. Esta tarea significaría lo que se ha dado en llamar emancipación mental, en este sentido dirá:

Somos independientes pero no libres. Otras fuerzas que las que empleamos para emanciparnos debemos emplear para libertarnos: las de la razón. Contra los soldados del rey peleamos con las manos; contra las preocupaciones, hemos de pelear con la cabeza, seguros de que los errores más febles se burlan de las balas, y los más robustos tiemblan al ver asomar la verdad: Esta se logra con plumas en lugar de fusiles. (Rodríguez: 1978, p.427)

El propósito fundamental de la perspectiva educativa de Rodríguez está en no reproducir hábitos serviles ni educar para tener obediencia ciega, sino para pensar por sí mismo y ser capaz de vivir en libertad. Libertad construida sobre los cimientos de la igualdad social y que será el único mecanismo que no hará posible el retorno a la servidumbre y dominación.

EL SOCIALISTA UTÓPICO EN LA INTELLECTUALIDAD SURAMERICANA

En ese horizonte latinoamericano se encuentran los esfuerzos intelectuales de **Esteban Echeverría** (1805-1851) contemplados en su famosa obra *El Dogma Socialista* (1839), que imbuido por las ideas utópicas francesas, piensa en la reorganización social cimentada en un orden igualitario, asegurador de la libertad y la demo-

cracia.

Tras su estadía en París, Esteban Echeverría retorna a la Argentina influenciado por el socialismo utópico que arreciaba en Francia y cuyas teorías propagó en círculos intelectuales de su país. De allí surge la fundación en 1838 de la *Asociación Joven Argentina*, influenciada profundamente por los ideales de Saint Simon (1760-1825).

Lo interesante de la producción teórica de Echeverría, es que su obra no se trata de una mera copia mecánica ni de una traducción de los textos utópicos franceses, sino que sus ideas socialistas se repiensa no sólo a la luz del contexto de las sociedades americanas, y de manera muy particular de la sociedad argentina de la época, sino también en función de los requerimientos en materia de reorganización social, política, administrativa, legislativa y cultural de los países de nuestra América.

Para este autor argentino no se trata de asimilar la teoría por la teoría, sino que la ve a la luz de las exigencias contextuales propias, y por eso reinterpreta la teoría socialista europea con el interés de aportar soluciones al drama americano. Echeverría asume la teoría del socialismo utópico con el propósito de descifrar el futuro de las recientes repúblicas y solucionar los problemas que las guerras de independencia habían dejado pendiente, es por ello que asume un socialismo igualitario, fraternal, democrático y humano, que sobre la base de la igualdad social asegure la libertad. (Fornet, 2001)

Similar interés recoge la obra de **Domingo Faustino Sarmiento** (1811-1888), en sus sugerentes líneas plasmadas en *El Fouquierismo según Tandonnet* (1846), es una

crítica al socialismo utópico francés en lo que respecta al hecho de que esa doctrina debió haber basado su sistema en el progreso natural de la conciencia humana, en los antecedentes históricos y en los hechos concretos. Una crítica que posteriormente será considerada por el socialismo científico. Por su parte, la obra de **Abreu e Lima** (1796-1870) es un análisis extenso de las distintas corrientes socialistas de aquel entonces. Es considerada la obra más importante del utopismo latinoamericano. (Fornet, 2001)

En el contexto venezolano esa matriz política que tiene como función la ruptura con todo orden jerarquizador y la materialización del contenido sustantivo de la democracia, fundado en la justicia y de cara a la vida buena, en otros términos, de consecución de la felicidad humana, encontró su expresión teórica en renombradas referencias intelectuales que tuvieron su acercamiento a las doctrinas socialistas de su época. Se trata, por una parte, de **Fermín Toro** (1807-1865) en *Reflexiones sobre la Ley del 10 de Abril de 1834*, (1845), y por la otra, a **Rafael María Baralt** (1810-1860) en *Programas políticos (I Parte)* de 1849.

A juicio de Augusto Mijares (1998), Fermín Toro ha sido injustamente catalogado como un intelectual conservador. En su opinión este intelectual venezolano se encuentra influenciado por el socialismo utópico, lo que tomando en cuenta el ambiente intelectual conservador de la época, resulta de lo más avanzada. Su producción intelectual emerge justo en el momento en el que el liberalismo político confluye con el socialismo y procura basado en la doctrina de la igualdad imaginar un futuro de libertad para todos. (Mijares: 1998, p. 18)

Por su parte, para Rafael María Baralt no pasaron desapercibidos los conflictos sociales que caracterizaban a buena parte de Europa producto del industrialismo lo que según su opinión acarreo desempleo, explotación y pobreza de la clase trabajadora, lo que le permitirá identificar en el proletariado la clase emergente para las transformaciones sociales. Para él, el problema a resolver será la emancipación del proletariado a través de una organización justa del trabajo y la coexistencia pacífica de todas las clases, siendo aquí, donde introduce su visión del socialismo, rechazando el dogmatismo doctrinario.

La presencia del socialismo utópico en Venezuela fue una realidad entre la intelectualidad venezolana del siglo XIX, el historiador Germán Carrera Damas recoge en este sentido que: “*el 18 de septiembre de 1852 “El Correo de Caracas” publicó el siguiente aviso de librería: “Análisis del socialismo y exposición clara y metódica e imparcial de los principales socialistas antiguos y modernos y con especialidad de Saint Simon, Fourier, Owen, y Proudhon”* (Carrera: 1961, p 55).

A pesar de que la historia tradicional presenta el debate de las ideas políticas en la Venezuela del siglo XIX, reducido a las concepciones doctrinarias de los conservadores y liberales, se puede sostener que también los socialistas formaron parte de esas disputas práctico-teóricas dirigidas al reordenamiento del país.

PRESENCIA DEL MARXISMO EN NUESTRA AMÉRICA

El tránsito del socialismo utópico a la filosofía de la praxis y a la propuesta materialista de la historia que propuso el marxismo, produjo un salto cualitati-

vo en el socialismo moderno. Con Carlos Marx (1818-1883) y Federico Engels (1820-1895), la teoría socialista supera los rasgos especulativos y su proyecto idealizado sobre el futuro, para pasar a vincularse desde la praxis con las clases trabajadoras de las pujantes sociedades capitalistas.

Si bien es cierto que los socialistas utópicos tienen sus méritos, es con el pensamiento de Marx y Engels que la teoría socialista se convierte en una inevitable referencia a la hora de analizar la política desde hace ya 200 años y hasta la actualidad. Sus obras forman parte de la tradición del pensamiento socialista, aun cuando en 1848, cuando inician la difusión de sus conceptos fundacionales lo hacen bajo el título de Manifiesto Comunista.

Como bien lo reseña Kohan (2008) el nombre de socialismo era utilizado sobre todo en Francia durante 1830 para referirse a los partidarios de las ideas de Babeuf, de Owens, Fourier y Saint Simon, sin la preocupación de establecer diferencias entre ellos y resaltando exclusivamente la cuestión social que los inspiraba. Por su lado, el término comunista es de inspiración francesa, heredero de la revolución que derrocó a la monarquía en 1830. Se popularizó como evocación a la idea de la *commune* como expresión referida a la unidad básica de la vecindad y el gobierno autónomo, que tuvo su expresión heroica en la *Comuna de París*.

Con el comunismo, a la crítica al capitalismo y su desigualdad inherente, se suma la noción de enfrentamiento y lucha revolucionaria para superarlo como sistema dominante. El socialismo evoca-

ba la hermandad de todos los seres humanos, mientras que con el comunismo se hace énfasis en la solidaridad de clase. (Kohan: 2008)

No obstante, los criterios socialistas en su vertiente marxista –como lo sostuvo Rama (1977)– se ventilan por vez primera, con la visita a Cuba entre 1853 y 1855 del alemán George Werth, corresponsal de Marx y miembro de la *Liga de los Comunistas*, esa variante tomó impulso más tarde, según Raúl Fornet Betancourt (2001), al incrementarse la presencia de los trabajadores emigrantes europeos ya avanzada la segunda mitad del siglo XIX, constituyéndose los círculos obreros en los primordiales espacios de esos ideales en América Latina

En las primeras décadas del siglo XX, marcadas con los fenómenos correspondientes a la Revolución Mexicana (1910), la Primer Guerra Mundial (1914-1917), la Revolución Bolchevique (1917) y la Reforma de Córdoba (1918), entre otros sucesos históricos, la doctrina marxista es desarrollada con la estrategia leninista del partido y su crítica antimperalista, a la vez que fue recibida como orientación política con gran simpatía por un significativo número de trabajadores y jóvenes latinoamericanos (Fornet: 2001).

Para ese periodo se consolida la clase obrera en número y en organización lo cual se expresa en movilizaciones y huelgas generales e insurreccionales, como experiencias que impulsan dichas organizaciones a lo que se corresponde necesariamente, la difusión del llamado *socialismo científico*, en tanto concepción política e ideológica orientada a organizar a los trabajadores para su emancipación y desalienación.

En ese ambiente se fundan los primeros partidos comunistas de la región: Argentina (1918), México (1919), Uruguay (1920), Chile (1920), Cuba (1925), y Perú (1929), así como también, se abren paso las diferentes iniciativas de organización antimperialista. En este sentido, se encuentran las surgidas en el interior de Venezuela y las promovidas por el exilio político de esa época, lideradas por Gustavo Machado (1898-1983), Eduardo Machado (1902-1996), Rodolfo Quintero (1909-1985), Miguel Otero Silva y Salvador de la Plaza, entre otros. Todo ello sirvió de preámbulo a la creación del Partido Comunista de Venezuela, fundado el 5 de marzo de 1931 (Sánchez: 1984).

Amplia resulta la lista de los intelectuales y militantes socialistas a inicios del siglo XX en nuestra América, pero existen figuras que por su compromiso, tenacidad y solidez de sus argumentos constituyen figuras relevantes de la historia del marxismo en nuestras tierras. **José Carlos Mariátegui** y **Julio Antonio Mella** son dos de ellas, quienes han dejado huella y aun hoy son cita obligatoria para quienes recrean la historia de las ideas marxistas en el continente.

JOSÉ CARLOS MARIÁTEGUI Y EL SOCIALISMO INDOAMERICANO

En ese recorrido anterior, pudieran mencionarse muchas referencias más del marxismo, pero de todas ellas existió una que por su autenticidad, impacto y vigencia no puede ser eludida: la representada por el peruano **José Carlos Mariátegui (1894-1930)** con sus impactantes polémicas y obras

de madurez intelectual, entre las cuales destacan los *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana* (1928) y *En defensa del marxismo* (1928). Es considerado por muchos investigadores como el pensador marxista más auténtico que supo contextualizar el marxismo a la realidad latinoamericana (Fornet, 2001).

La estancia de José Carlos Mariátegui en Europa entre los años 1919 y 1923 propició su encuentro con las fuentes teóricas del marxismo, y con un contexto sociopolítico caracterizado por una crisis económica, política, social y espiritual producto de la Primera Guerra Mundial. Este contexto europeo se manifestó también en una crisis espiritual que impregnó el quehacer intelectual de la época con un escepticismo y nihilismo hacia la sociedad capitalista.

Su estancia en Europa también le permitió percibir la renovación inspirada en el triunfo de la Revolución Bolchevique y el entusiasmo por la reivindicación del proletariado, lo que motivaron el empuje del movimiento obrero y socialista a nivel internacional y la militancia de muchos intelectuales.

Ante ese escenario Mariátegui expresa lo siguiente:

Presenciamos la disgregación, la agonia de una sociedad caduca, senil, decrepita y, al mismo tiempo, presenciamos la gestación, la formación, la elaboración lenta e inquieta de la sociedad nueva. Todos los hombres, a los cuales, una sincera filiación ideológica nos vincula a la sociedad nueva y nos separa de la sociedad vieja debemos fijar hondamente la mirada en este período trascendental agitado e intenso de la historia humana. (Mariátegui: 1979, p.48)

El escenario europeo que contempla Mariátegui, lejos de propiciar en él pesimismo lo inspira de un optimismo en el advenimiento de un período de grandes transformaciones que traerán consigo el triunfo del socialismo. En términos generales puede decirse que Mariátegui asume de Marx su visión materialista, resaltando la dimensión metodológica del materialismo histórico que pone énfasis en la lucha de clases como motor transformador de la historia. Para él, el mérito resaltante de Marx consistió en haber descubierto al proletariado como clase portadora de las grandes transformaciones de la sociedad industrial moderna. La obra de Marx, a juicio del Amauta, supo desentrañar las contradicciones internas de la sociedad capitalista

Es importante destacar en la obra de este intelectual peruano la capacidad de utilizar el método marxista para la interpretación de su realidad nacional. Su obra *Siete Ensayos de la Interpretación de la Realidad Peruana*, es la expresión más original de cómo el marxismo fue adaptado, sin perder los principios fundamentales.

Desde la metodología marxista, Mariátegui desarrolla el devenir histórico de su pueblo desentrañando los aspectos fundamentales: proceso autónomo de la nación quechua; interrupción del proceso autónomo de la nación por la conquista y colonización trayendo consigo cambios profundos en lo cultural, económico y social; continuidad de la segregación indígena y explotación económica del indio en el período independentista

y neocolonización del Perú por parte del capitalismo imperial extranjero, a finales del siglo XIX y principios del siglo XX.

Esta confrontación de la teoría marxista con la realidad peruana, lleva a Mariátegui a ir descifrando los rasgos característicos de un marxismo propiamente latinoamericano. Para él, la interrupción provocada por la conquista y colonización significó una tragedia. En este sentido dirá:

La destrucción de esta económica y, por ende, de la cultura que se nutría de su sabiduría es una de las responsabilidades menos discutibles del colonialismo... El régimen colonial desorganizó y aniquiló la economía agraria incaica sin reemplazarla por una economía de mayores rendimientos. (Mariátegui: 1979, p.58)

Esta afirmación manifiesta en la obra de Mariátegui dos temas fundamentales: la tierra y el indio, sin los cuales es imposible comprender la magnitud de la originalidad de su planteamiento. Por lo cual, la realidad peruana de su época se caracteriza por la concentración en pocas manos de la tierra y el desplazamiento de los indios de sus lugares originarios. Todo lo cual es expresión de una economía al servicio de los grandes terratenientes.

La conjunción en su obra entre socialismo e indigenismo es el rasgo distintivo de su obra ante lo cual dirá: “no queremos ciertamente, que el socialismo sea en América calco y copia. Debe ser creación heroica. Tenemos que dar vida, con nuestra propia realidad, en nuestro propio lenguaje, al socialismo indoamericano. He aquí una misión digna de una generación nueva” (Mariátegui: 1979, p. XX)

En su obra se nota el afán por elaborar un pensamiento propio, nacido de las especificidades del Perú, cultivado en las fuentes del comunismo incaico, lo que lo llevó a una particular manera de interpretar o de asumir esa matriz teórica enriqueciéndola con su crítica latinoamericanista. Sin embargo, esa alerta expresada por el *Amauta*, tuvo muy poco eco en los círculos marxistas latinoamericanos.

Por el contrario, desde los comités centrales de los partidos comunistas, se le condenó y acusó con toda clase de epítetos, quienes muy alejados de recrear y contextualizar las tesis de Marx, como señala Pablo Guadarrama (1998), lo que hicieron fue imprimirle un elevado grado de simplificación, dogmatismo y extrapolación ideologizante, durante las décadas del cuarenta y el cincuenta como expresión de su inautenticidad y limitado carácter creativo. Con lo cual el esquema categorial de análisis de la economía política y la historia –propio del marxismo– se hace inflexible e incapaz de leer profundamente las complejidades del contexto latinoamericano.

En la obra de este intelectual marxista peruano, el tema de la educación es uno de los aspectos fundamentales para comprender su ideario. Considera que Perú conserva intacta la estructura de dominación colonial aun alcanzada la independencia de España. Para él:

La educación no tiene un espíritu nacional: tiene mas bien un espíritu colonial y colonizador. Cuando en sus programas de instrucción pública, el Estado se refiere a los Indios, no se refiere a ellos como peruanos iguales a todos los demás. Los Considera una raza inferior. La República no se diferencia en este terreno del Virreynato. (Mariátegui, 1979, p. 68)

En este sentido, la educación oficial reproduce el imaginario social de épocas coloniales, en el cual el indio es considerado -por su raza- un ser inferior y por lo tanto objeto de dominación. Dominación que para ser entendida requiere de la comprensión de la estructura económica vigente en el Perú de la época de Mariátegui.

Según su apreciación, la colonia había impuesto un sentido aristocrático y eclesiástico a la educación. Dentro de esa perspectiva la Universidad estaba cerrada a los mestizos e indios, dado que la cultura se entendía como un privilegio de casta. El pueblo no tenía derecho a la educación. Si bien es cierto -según su parecer- la independencia había avanzado en algo en materia de igualdad, éste principio solo acogía a los mestizos, dejando nuevamente al indio al margen de las conquistas de la independencia.

Esta herencia hunde sus raíces en problema económico. No se trata de un tema cultural y educativo solamente. Según Mariátegui el problema educativo:

Era ante todo, una herencia económica y social. El privilegio de la educación persistía por la simple razón de que persistía el privilegio de la riqueza y de la casta. El concepto aristocrático y literario de la educación correspondía absolutamente a un régimen y a una economía feudales. La revolución de independencia no había liquidado en el Perú este régimen y esta economía. No podía, por ende, haber cancelado sus ideas peculiares sobre la enseñanza. (1979, p. 70)

Los acontecimientos estudiantiles que se sucedieron en el continente a raíz del Grito de Córdoba (1919) no pasaron desapercibidos para este marxista. Para él, el movimiento estudiantil latinoame-

ricano estaba impulsado por la fe en la posibilidad real de alcanzar, no solo la transformación de la Universidad, sino también lograr remover las estructuras económicas y sociales que solo privilegiaban a unos pocos.

Para Mariátegui, la reforma universitaria de inicios de siglo XX significó una rebelión profunda contra las bases que sustentaban las injusticias, en este sentido dirá:

Todos convienen en que este movimiento, que apenas ha formulado su programa, dista mucho de proponerse objetivos exclusivamente universitarios y en que, por su estrecha y creciente relación con el avance de las clases trabajadoras y con el abatimiento de viejos privilegios económicos, no puede ser entendido sino como uno de los aspectos de una profunda renovación latinoamericana. (Mariátegui: 1979, p. 80)

Esto se entiende si se tiene en cuenta que para Mariátegui la universidad es la expresión de la sociedad, donde la enseñanza se había convertido en un privilegio para aquellos que poseían dinero. De ahí que el problema de la enseñanza no puede ser bien comprendido -según afirma el autor- sino se considera íntimamente ligado al tema económico.

JULIO ANTONIO MELLA Y EL SOCIALISMO INSULAR

Julio Antonio Mella (1903-1929) es el ejemplo de una vida dedicada íntegramente a la revolución. Impresiona conocer su pensamiento fecundo y lo mucho que hizo -en una vida tan corta- por la emancipación de su Isla y de los pueblos de Latino América. Con apenas 26 años de edad es asesinado en tierras mexicanas por agentes imperialistas que resguardan

los intereses del dictador cubano Gerardo Machado. Su muerte sacudió la conciencia patriota y revolucionaria de toda América Latina, dado que su figura había alcanzado ya una dimensión continental.

El ambiente político para la época de Mella se caracteriza en términos generales por el júbilo que representó la victoria de Cuba sobre España en la guerra de su independencia (1898) y por la astucia imperial de los Estados Unidos de ocupar militarmente parte de su territorio con el pretexto de velar por su seguridad. Desde su fundación, la República de Cuba es gobernada por una oligarquía, aliada e instrumento del imperialismo norteamericano. Sus integrantes provienen de la burguesía azucarera, los latifundistas y los comerciantes importadores, cuyos intereses están en oposición a los intereses del pueblo y de la nación.

Ante ese panorama surge la rebeldía de Mella impregnada por el ideario marxista. Desde sus inicios no evadió la polémica, incluso contra quienes en nombre del socialismo -según su perspectiva- tergiversaban los fundamentos del marxismo. Es así como, apenas publicado por Raúl Haya de la Torre los principios de su organización Alianza Popular Revolucionaria Americana (APRA) se da a la tarea de refutarlo y vislumbrar así su pensamiento.

Los apristas -desde la perspectiva de Mella- procuran ser la encarnación del Marx y de Lenin en América Latina, se consideran los únicos interpretes de la doctrina socialista y salvadores de los pueblos oprimidos por el imperialismo. De aquí su empeño en responderles y generar el debate sobre el verdadero significado del socialismo en el contexto latinoamericano.

Considera este marxista cubano que los 5 ejes fundamentales del aprismo carecen de originalidad, otros intelectuales -según expone Mella- han sido más acertados en las propuestas para enfrentar el imperialismo norteamericano y considera que el APRA no contempla con precisión que es tarea del proletariado -como clase social- la destrucción de la burguesía y la instauración de su dictadura. (Mella: 1978)

En esta perspectiva de confrontación dirá Mella que su propósito será:

Denunciar ante las masas estas condiciones del APRA y de sus elementos, calificándolos de ser, objetiva y colectivamente, elementos de la reacción continental... Precisar el carácter de elementos pequeñoburgueses y burgueses, divorciados del proletariado, que tienen los apristas... Luchar activamente por la clase proletaria... denunciando toda desviación oportunista. (Mella: 1978, p. 207)

Uno de los temas más recurrentes en el ideario de Mella es el imperialismo. Supo descifrar el avance de los Estados Unidos como potencia imperial sobre los pueblos de América Latina y alertar sobre las consecuencias nefastas que sus pretensiones tendrían sobre la soberanía y libertad de nuestros pueblos. Supo entender como a lo interno de nuestras repúblicas las clases dominantes estaban al servicio de los intereses del imperio, en este sentido dirá:

La América no puede vivir más bajo las monstruosidades de las tiranías de Juan Vicente Gómez, Leguía, Saavedra y la flora centroamericana y antillana de politiqueros hambrientos, que deshonran el continente con sus humillaciones al capital invasor. Una sola esperanza tienen los oprimidos del mundo: la pléyade de genios que constituye la dirección de la política nacional e internacional en la Rusia soviética. (Mella: 1978, p. 75)

Su socialismo, es el marxismo triunfante de la Revolución Soviética, de ahí sus críticas a toda propuesta que procurara tropicalizar el ideario de la revolución marxista-leninista. Esto lo lleva a estar vigilante al enemigo común de nuestros pueblos: el imperialismo yanqui.

Cada día es más dolorosa la situación de la América. El imperialismo yanqui no se da reposo, y desde el petróleo de México y el azúcar de Cuba, hasta la sal de Chile y las concesiones civilizadas del Perú, todo es bueno para sus ansias de dominación, para aplicar los sobranes del dinero hecho en los Estados Unidos, extraído de los músculos de los trabajadores. (Mella, 1978, p. 75)

Es necesario destacar que la obra de José Antonio Mella, es la obra de un estudiante universitario, en él está la genuina expresión de la primera generación latinoamericana del siglo XX. Por ello la rebeldión estudiantil que prendió en Córdoba y encendió todo el continente no pasó desapercibida e intentó descifrarla en clave socialista. En este sentido dirá:

Hay mucha palabrería liberal y vacía sobre la reforma universitaria, debido a que los elementos que en muchas partes tomaron parte en este movimiento lo eran de la burguesía liberal. Pero si la reforma va acometerse con seriedad y con espíritu revolucionario no puede ser acometida más que con un espíritu socialista, el único espíritu revolucionario del momento. (Mella, 1978, p. 240)

Esta apreciación lo hace consciente del papel que juegan las instituciones educativas en la reproducción de la ideología dominante de la burguesía, de ahí el control que ejercen sobre los planes y programas de estudio, y sobre los ingresos selectos de los estudiantes, en su mayoría pertenecien-

tes a la burguesía. Para Mella, la educación es un factor fundamental para conquistar y consolidar un proceso revolucionario.

La universidades....están hechas para sostener y ayudar el dominio de la clase que está en el poder. Creer que los intelectuales, o las instituciones de enseñanza no tienen vinculación con la división sociológica en clases de toda la sociedad es una ingenuidad de los miopes políticos. Nunca una clase ha mantenido una institución, ni mucho menos una institución de educación, sino para su beneficio. Es en las universidades, en todas las instituciones de enseñanza, donde se forja la cultura de la clase dominante, donde salen sus servidores en el amplio campo de la ciencia que ella monopoliza. (Mella, 1978, p. 241)

Esta apreciación lo lleva a desarrollar un plan de acción universitaria en pro de tomar conciencia sobre la realidad injusta que viven Cuba y todos los pueblos del continente, utilizando el marxismo como método de lucha.

EL MARXISMO EN VENEZUELA: BREVE RESEÑA DE SU RECORRIDO DURANTE EL SIGLO XX

En los inicios del siglo XX, con la presencia de emigrados europeos y la contratación de trabajadores petroleros norteamericanos (Sánchez, 1984), vinieron consigo las ideas anarquistas y marxistas que alcanzaron cierta proyección política, aunque sin lograr arraigarse con madurez en organizaciones obreras y juveniles.

Venezuela irrumpe al Siglo XX con la instauración de la dictadura de Juan Vicente Gómez en 1908, período que se extiende hasta 1935 cuando sucede la muerte del tirano. Durante estos largos años en los que intelectuales positivistas

justifican, en nombre del orden y el progreso, la dictadura gomecista, se filtran en Venezuela las teorías marxistas.

Para 1919, se organiza una conspiración cívico-militar que intenta derrocar al dictador. Tras su fracaso, los responsables padecen la furia del régimen quien impone muerte, prisión y exilio. Registra la historia las muertes de Leopoldo Torres y Pedro Manuel Ruíz en la cárcel de La Rotonda, la prisión prolongada de Francisco Pimentel y José Rafel Pocaterra, el exilio de Gustavo y Eduardo Machado y de Salvador de la Plaza.

Para 1924, Salvador de la Plaza y Gustavo Machado, junto al joven cubano Antonio Mella participan en las actividades de la *Universidad Popular José Martí*, fundada por Mella en 1923. Juntos crearán la *Liga Antimperialista de las Américas*, y cooperarán con la fundación del Partido Comunista de Cuba, en 1925; acciones estas que los llevaron a ser expulsados de Cuba por el gobernante pro yanke Gerardo Machado.

Se volverán a encontrar en 1926 en México, ocasión en la que fundaron el Partido Revolucionario Venezolano (PRV). De ahí que sea importante destacar en la historia de las ideas políticas venezolanas, el papel que juega los exiliados por el régimen de Gómez. Muchos de ellos continuaron siendo activistas de ideas progresistas aún en el destierro, a sus espíritus los impulsaba la lucha contra las injusticias donde ella se encontraba.

Entre 1928 y 1929 Gustavo Machado y Salvador de la Plaza publicaron el periódico *Libertad*, órgano del PRV abiertamente antigomecista e antimperialista. Sus publicaciones

sirvieron para dar a conocer sus planteamientos marxistas y develar el rostro del dictador venezolano ante el continente. A través de sus páginas denunciaron la injerencia imperial en toda América Latina y propucieron como objetivos fundamentales para la reconstrucción de Venezuela la higiene, educación, asistencia social y transporte, entre otros aspectos.

Según recoge Luque (1999), el ideario marxistas de estos venezolanos señalaba la necesidad de luchar contra el analfabetismo e impulsar la educación agrícola e industrial. De igual forma propusieron democratizar el ingreso a la universidad para acabar con el privilegio de los económicamente poderosos. Propusieron una educación útil para el progreso de la patria.

A finales de los años 20 del siglo XX, sobre todo, con la llamada *generación del 28* y las diversas protestas contra Juan Vicente Gómez, las ideas políticas contemporáneas se abren paso en Venezuela dando origen a la aplicación de los métodos y estrategias propios del *socialismo científico* (Moran, 2010).

La Universidad Central fue reabierta en 1925, ello trajo consigo la reorganización del movimiento estudiantil con la Federación de Estudiantes de Venezuela, organización que en 1928 -con motivo de la celebración de la Semana del Estudiante- desarrolla una serie de actividades en homenaje a José Félix Ribas y a la reina de los estudiantes; estas actividades se desarrollaron en un ambiente contestatario contra el régimen de Gómez. Teniendo como escenario el Teatro Municipal de Caracas, el joven universitario Pío Ta-

mayo da lectura al poema *Homenaje y Demanda del Indio*, y Antonio Arráiz su *Canto a la Boina del Estudiante*, lecturas que expresaban el clamor popular de justicia; en ese mismo acto la clausura de la actividad estuvo a cargo de Rómulo Betancourt.

Es en el ambiente universitario donde se fermenta un espíritu de rebeldía contra la dictadura. Tras casi nueve años de clausura- la Universidad era el único foco de disidencia que existía en la sociedad, por lo que adquiere un significado especial la que se identificará como la *legendaria generación del 28*. La celebración de la Semana del Estudiante en 1928, fue ocasión especial para una demostración contra el régimen por parte de los universitarios (Morán, 2010)

Si bien es cierto que la mayoría de estos jóvenes universitarios son expresión del malestar generalizado en el país, no tienen en común sino la adhesión a la dictadura. Más tarde tomarían por caminos ideológicos y políticos muy diversos, pero a estas alturas de su desarrollo político estaban unidos en torno a la exigencia de libertad y la disposición de luchar por ella.

Es ahí, en el fragor de las luchas estudiantiles, donde se perfilarán los protagonistas del panorama político que surge a raíz de la muerte de Gómez. En su mayoría estos jóvenes -entre quienes destacan- Rómulo Betancourt, Raúl Leoni, Jóvito Villalba, Miguel Otero Silva y Pío Tamayo, entre otros, serán los protagonistas de la Venezuela que emerge una vez finalizada la dictadura.

El panorama político venezolano cambiará a partir de estos acontecimientos. Estos fueron expresión de una juventud que había perdido el miedo y forjaban en sus espíritus la posibilidad de una nueva Venezuela. Las manifestaciones continuaron y muchos de los miembros de esta generación fueron torturados y asesinados, otros fueron al exilio desde donde continuaron su formación política y profesional. Dadas estas condiciones recibieron influencias que cada uno decantó a su manera: el marxismo, el socialismo democrático francés, las ideas del peruano Haya de la Torre y de la revolución mexicana. (Morán, 2010)

La historia política venezolana registra que las primeras células comunistas se organizan en 1931, producto de la prédica de Pio Tamayo y Alberto Ravell con los jóvenes presos, para entonces, en el Castillo Libertador. Mucho se ha especulado sobre la vinculación entre el PRV y la fundación del PCV, pero parecieran ser dos experiencias que surgen en paralelo y que al final confluyen sumando voluntades en pro de propiciar un cambio de rumbo en las políticas nacionales.

Lo cierto es que el Partido Comunista de Venezuela (PCV) tiene como fecha de su fundación el 5 de Marzo de 1931, año en el que se inicia una férrea persecución por parte del régimen gomecista que logró apresar a más de cien de sus militantes. Por lo que no es de extrañar, que no existan documentos de envergadura que recojan sus postulados en materia educativa. Será solo hasta 1933 donde se

encuentren algunas líneas al respecto, que podrían ser resumidas en la necesidad de una educación al alcance de todos niños y niñas, gratuita, descentralizada y con libertad para que cada región elaborara sus programas escolares. (Luque, 1999)

Con la muerte de Juan Vicente Gómez en 1935, entra en decadencia el positivismo como filosofía oficial de la gobernabilidad en el país. No sólo sucede así por la ya registrada vinculación de dicho pensamiento con el régimen dictatorial gomecista, sino que es en parte consecuencia del empuje con que se presentaban nuevos sistemas conceptuales en el agitado horizonte político y social de aquella Venezuela. Hay que observar, no obstante, que ninguna de las nuevas ideas logra suplantar al positivismo en su papel de ideología oficiosa y dominante.

Superada la dictadura, muchos jóvenes que se habían acercado al marxismo durante el exilio y la prisión, se consolidan como referencias nacionales de la teoría socialista. Entre ellos destacan Gustavo Machado, Salvador de la Plaza, Juan Bautista Fuenmayor, Rodolfo Quintero, entre otros. Eran marxistas militantes que ponían todo el énfasis en la lucha de clases, aplicada a lo social, lo político y lo económico, en las contradicciones que creían detectar en el sistema capitalista. Lo significativo es que a partir de entonces el marxismo hace su aparición en el panorama de las ideas sociales en Venezuela, que se manifestó en su devenir histórico en la próximas décadas de maneras muy particulares. Así se contempla:

En sus comienzos –período de 1935 a 1950, aproximadamente– el marxismo era un instrumento de lucha política manejado casi exclusivamente por militantes comunistas nucleados alrededor de la práctica del partido, pero, a partir de los años cincuenta, el marxismo pasó a ser una filosofía de rai-gambre universitaria, que se discute, enseña y polemiza –fundamentalmente– en las formas académicas de enseñanza y en textos escritos especializados en temas concernientes a la teoría marxista. (Morán-Méndez: 2013, p. 24)

La profundización en el estudio de las ideas socialistas por parte de la primera generación de marxistas venezolanos contribuyó a que muchos de ellos se convirtieran en referencias obligatorias para todo aquel que procurara caracterizar la hegemonía que el capitalismo norteamericano ejercía sobre la economía nacional. Esto los hizo capaces de teorizar la realidad del país y proponer líneas de acción para su transformación. Todo ello en el ámbito de las posibilidades que surgieron a raíz de la apertura de los centros universitarios.

Un fenómeno que no escapa a la agudeza del análisis de estos marxistas nacionales es la injerencia imperialista en el continente y el país. Las riquezas petroleras son un recurso que ha puesto a Venezuela en la mirada del imperio. Así pues, esa potencia se paseará para efectos de mantener y perpetuar sus intereses en la región, por formas de gobiernos que van desde las dictaduras más bestiales y perversas, hasta las mal llamadas democracias representativas.

Con los acontecimientos de 1958 se inicia en Venezuela un nuevo período, las organizaciones políticas de Acción Democrática, Unión Republicana Democrática y COPEI, junto a los gran-

des empresarios –iglesia y medios de comunicación– logran hegemonizar y adueñarse de un proceso que emergió del descontento popular y que no pudo superar las relaciones de dominación y atraso económico y cultural, sino que por el contrario acentuó la presencia imperial en todos los ámbitos de la vida nacional. Dados así los acontecimientos, un grueso sector desplazado que formó parte de la resistencia contra la dictadura de Pérez Jiménez, agrupada en el PCV en quienes primaba la concepción de un modelo de gobernabilidad ampliamente democrático, soberano y participativo, quedó excluido de la vida política. (Urbaneja: 2003)

Afirma Urbaneja que los acontecimientos del 31 de octubre de 1958 constituyen clave para entender el devinir de la nación durante el resto del siglo XX. La firma del Pacto de Punto Fijo significó el establecimiento de toda una forma de hacer política que rigió la política venezolana durante cuatro décadas, aunque su vigencia se debilitó en la última de ellas.

Con la firma de ese acuerdo se inicia un proceso de polarización de la política nacional, aún cuando es justo reconocer la supremacía de la derecha sobre los sectores que la adversan. El Partido Comunista de Venezuela (PCV) quedó fuera de ese acuerdo, al respecto Rómulo Betancourt –máximo dirigente de AD– alegó que el PCV era una red política internacional que funcionaba de tal forma que sus líneas políticas fundamentales venían decididas desde fuera, desde el centro de la red, constituido por el Partido Comunista de la Unión Soviética. Por otra parte, –argumentaba Betancourt– el PCV era un partido cuyo objetivo último era la instauración de un régimen no democrático, como

la dictadura del proletariado, siendo sus compromisos eventuales con el régimen democrático maniobras tácticas orientadas a su ulterior destrucción del sistema capitalista. (Urbaneja: 2003)

La estructura rígida y elitista del Estado siguió siendo la heredada desde la independencia. Los proyectos económicos, culturales, educativos, lejos de orientarse a romper con los monopolios extranjeros y a permitir la participación popular para superar el analfabetismo, la exclusión social y la desalienación de los venezolanos, se fortalecieron, en detrimento de esas aspiraciones democráticas y revolucionarias. Esa democracia que se instaura luego de la caída de Pérez Jiménez fue programada en el documento del Pacto de Punto Fijo, en la cual los sectores populares aspiraban a tener un país totalmente diferente, simplemente fue una ilusión que se desvaneció en el desarrollo de la misma. Realmente lo que se produjo el 23 de enero fue un cambio de hombres, un cambio formal. (Morán-Méndez: 2013)

Fundamentalmente AD y COPEI, como factores determinantes de la política nacional, a través de los llamados pactos, se hicieron responsables de las consecuencias sociales, políticas y económicas del pacto: se adueñaron de todo, convirtieron la nascente democracia en un sistema clientelar y corrupto, y la tan ansiada participación del pueblo, se asumió sólo en términos demagógicos reducida a eslóganes sin contenido, ni compromiso democrático real reflejadas en las campañas electorales. Estos políticos –AD y COPEI– se adueñan

del congreso nacional, de las asambleas legislativas, concejos municipales, universidades, etc., con lo que la sociedad civil es relegada a un segundo plano.

Es oportuno destacar que las décadas de los años 60 y 70 estuvo convulsionada por el resurgir del ideario marxista en Venezuela. Representaron momentos de convulsión política, de debates sobre el marxismo y confrontación con el *statu quo* en función de la liberación nacional entendida ésta como la lucha por la independencia política, la soberanía de los pueblos y su autodeterminación. Este debate tuvo su influencia de los acontecimientos que se sucedieron en 1959 con el triunfo de la Revolución Cubana de fuerte inspiración marxista– contra el régimen del Fulgencio Batista.

La renovación del ideario marxista que la Revolución Cubana impregnó en toda América Latina a través de figuras como la de Ernesto Guevara de la Serna y su propuesta del *hombre nuevo* que apuntaba a la recreación de un socialismo auténticamente latinoamericano. Este tuvo su influencia en la intelectualidad venezolana durante las décadas de los sesenta, setenta y ochenta del siglo XX, la que se desarrolló fundamentalmente dentro del ámbito académico e investigativo universitario, y tuvo como sus máximos exponentes a tres de los más representativos filósofos venezolanos, dedicados al estudio de la teoría marxista: José Rafael Núñez Tenorio (1933-1998), Federico Riú (1925-1985) y Ludovico Silva (1937-1988).

Entre ellos desarrollaron una intensa polémica sobre el papel de la filosofía marxista en América Latina, la lucha de clases,

el imperialismo y la ideología, entre otros aspectos, que provocaron discusiones y polémicas en otros espacios académicos de la geografía latinoamericana.

En sus obras se muestran una autenticidad que pone de manifiesto la madurez que en Venezuela caracterizan las reflexiones marxistas de la segunda mitad del siglo XX, período en el cual la Unión Soviética parecía ser indestructible. Todo parecía indicar que la revolución bolchevique así como el indiscutible triunfo en la Segunda Guerra Mundial, eran garantías para asegurar su predominio hegemónico sobre todos los países de la Europa Central. También, le siguieron las revoluciones china, norcoreana, vietnamita, camboyana, así como las revoluciones africanas para no mencionar la presencia de las revueltas obreras y estudiantiles en los Estados Unidos y en Europa y la creciente guerra de guerrillas en México, El Salvador, Nicaragua, Colombia, Perú y, por supuesto en Venezuela.

El modelo de la revolución socialista, trazado por Lenin y promovido por Stalin, hacía pensar que aquel cuerpo de presupuestos “científicos”, tarde o temprano, acabaría por imponerse en todo el orbe, en consecuencia, bastaba con mantenerse firme en los “principios” de la doctrina y aplicarlos a la realidad.

Sin embargo, pronto los “principios” comenzarían a estrellarse contra la realidad. El deterioro de la avanzada estalinista sobre el mundo se fue agotando progresivamente, y muchos de los frentes guerrilleros latinoamericanos comenzaron a claudicar. La derrota militar y política de la guerrilla en Venezuela sólo dejó, como en una oportunidad afirmara Federico Riu, “centenares de estudiantes enterrados en

las cordilleras del país. Se había perdido algo más que la esperanza. El fracaso fue rotundo y con consecuencias devastadoras” (Riú: 1996).

Pero una nueva crisis orgánica amenaza de muerte a la autocracia socialista soviética, al impulso de reformas democráticas en el propio seno de Kremlin. La Perestroika, conducida por Mijaíl Gorbachov, terminaría por generar la implosión del modelo estalinista de Estado y la consecuente desintegración de la Europa del Este. Desde entonces el mapa del mundo no aparecía partido en dos mitades. De pronto, los setenta años de predominio stalinista se desvanecieron como por arte de magia. Eso sin contar las derrotas y repliegues de los movimientos socialistas en Europa, África, Asia y América Latina. (Riú: 1996)

Una nueva revisión a fondo de los fundamentos se imponía, tarea que en Venezuela desarrollan los intelectuales J.R. Núñez Tenorio, Federico Riu y Ludovico Silva. Esta vez se trata de un marxismo que parte de las fuentes directas, de los escritos tempranos de los creadores del marxismo. De ahí surgía una nueva y fresca concepción de la dialéctica marxista y del carácter filosófico e histórico de la doctrina, que arrojaba nuevas y más potentes luces sobre el pensamiento de Marx y, en especial, sobre sus implicaciones para la comprensión del presente.

Una valoración de la obra de estos tres marxistas permite afirmar que en Venezuela, desde los años sesenta hasta los años ochenta, el desarrollo por el interés de la filosofía marxista tuvo especialmente en estos pensadores, una expresión de inteligencia y calidad reflexiva.

La obra de estos representantes del marxismo venezolano es un referente obligado para los estudios acerca de la forma adquirida por la producción marxista en Latinoamérica, dado el grado de maduración teórica que alcanzaron en el tratamiento de problemas claves de la teoría marxista. Esto no significa el abandono de un acercamiento crítico hacia esta obra, en consonancia con el propio espíritu de la teoría que desarrollan y que impregna su propia obra.

Sin embargo, a partir de sus diversas fundamentaciones, el pensamiento de Marx pudo salir, –en Venezuela–, de su sueño dogmático para transformarse en un objeto de estudio con credenciales efectivamente académicas. Todo lo cual redundó en la invalorable actividad de estos autores, quienes han enseñado que, en cuestiones de marxismo, lo único que no se puede abandonar es la discusión de las ideas, pues sin ellas el pensamiento de Marx no sería un pensamiento, sino una religión positiva, un infundado acto de fe, fuera de los límites de la razón dialéctica e histórica.

La historia del pensamiento marxista en Venezuela tiene en **Ludovico Silva** a uno de sus mayores exponentes. Analítico, crítico y reflexivo, este socialista ha realizado una interpretación y actualización de Marx de extraordinario valor para la teoría política y social contemporánea que sirven de herramienta para, aún hoy, procurar descifrar los signos de nuestro tiempo. Luis José Silva Michelena (Ludovico Silva, 1937-1988) fue uno de los intelectuales venezolanos más importantes del siglo XX. Enfrentó el marxismo dogmático, y mantuvo siempre la idea de poner a vibrar al ritmo de los terremotos de la cordillera andina la obra de Marx para ac-

tualizarla e impregnarla del espíritu fresco del continente latinoamericano. Este marxista venezolano formuló duras críticas al socialismo soviético para deslastrarse de los dogmas sobre los cuales se intentó edificar ese proceso social y reivindicar el sentido revolucionario de la teoría de la emancipación de “los condenados de la tierra”.

Considerado como uno de los intelectuales más importantes de finales del siglo XX en Venezuela y Latinoamérica, dedicó su vida a la reflexión filosófica, la literatura y el ejercicio de la docencia. La referencia teórica fundamental de sus planteamientos se encuentra en la obra de Marx. La obra de este representante del marxismo crítico permite que se le considere una figura fundamental del marxismo venezolano.

Nace en Caracas en 1937, período en el cual se gestan en el país apremiantes debates en torno a la estabilidad política y la transformación petrolera de la nación. En este ambiente inicia sus estudios en la ciudad capital, viajando luego a Europa, después de culminado bachillerato, donde cursa estudios de filosofía y letras en Madrid, literatura francesa en la Sorbona y filosofía romántica en Alemania. Retorna luego a Venezuela donde en 1969 egresa con el título de Licenciado en Filosofía, *Summa Cum Laude*, de la Universidad Central de Caracas.

Su obra teórica marxista, se mantuvo distante y contraria a muchos de los manuales de los teóricos soviéticos que –según su opinión– fosilizaron la obra de Marx haciendo de sus principios fundamentales meros dogmas, los que lejos de permitir reconocer aportes de una ciencia viva y trans-

formadora, sirvieron para edificar una doctrina, religión estática, absoluta y reaccionaria.

De su amplia obra es necesario destacar: *Antimanual para uso de marxistas, marxólogos y marcianos* (2006); *La alienación en el joven Marx* (1979); *Contracultura* (1980); *Humanismo clásico y humanismo marxista* (1982); *La alienación como sistema: teoría de la alienación en la obra de Marx* (1983), *Plusvalía Ideológica* (1984), entre otros.

Su pensamiento crítico supo descifrar tanto la explotación del capitalismo sobre vastos sectores de la humanidad, como el exacerbado colectivismo del socialismo soviético que desfiguró la obra de Marx de su esencia dialéctica para convertirlo en un dogma. Interesante resulta la apreciación que desarrolla Ludovico sobre el destino de la revolución rusa bajo el control absoluto de Stalin. Aquí su crítica adquiere profundas dimensiones que lo llevan a afirmar que en nombre de Marx se han cometido insospechados crímenes por parte del régimen soviético. Considerada que lo hecho por Stalin y mucho de sus intelectuales era fosilizar la obra de Marx, enarbolando dogmas que negaban la naturaleza dialéctica de los conceptos fundamentales del marxismo.

El dogmatismo, a su entender, constituyó uno de los grandes enemigos del pensamiento de Marx y de su libre desarrollo crítico. Se trata de un enemigo que en la práctica actúa proponiendo un cierto número de fórmulas como si el marxismo fuese una religión. Por ello desarrolla serios cuestionamientos a los proyectos expansionistas de la revolución rusa.

Distantes del espíritu humanista de Marx fue la invasión por parte del ejército de la antigua Unión Soviética a Checoslovaquia de 1968 y Afganistán en la década del setenta, dado que estos sucesos manifiestan una actitud imperialista que nada tiene que ver con el pensamiento de Marx. Ludovico considera que la obra de Marx en manos de Stalin fue manipulada a su antojo, a fin de que sirva para la aplicación mecánica de un pensamiento dogmático, esclerosado, que sólo justificó las monstruosidades de las invasiones armadas a países que la URSS ejecutó sobre su zona de influencia. (Silva: 2006)

La obra de Marx es antidogmática, su naturaleza dialéctica hace de ella un pensamiento heterodoxo. Ludovico Silva considera que toda su obra es una constante e implacable crítica, tanto al orden capitalista como a todas aquellas circunstancias de explotación del ser humano. Para Ludovico, ser marxista no consiste en aplicar a Marx, como quien aplica un molde, sino por el contrario, consiste en asimilar y continuar críticamente su concepción de la historia y su análisis del capitalismo. El marxismo ha de ser entendido como un cuadro dinámico de variables, de categorías históricas, susceptibles de ser modificados por las circunstancias de los nuevos tiempos. (Silva: 2006)

Era una batalla contra el marxismo manualesco tan en boga durante la era salinista y que influenció con su ortodoxia todo el quehacer intelectual de muchos marxistas. A través de esos manuales la dialéctica materialista se transformó en leyes, categorías y conceptos abstractos universales que servían para explicar el desarrollo social al

margen de las circunstancias históricas concretas. Así se refería a los manuales:

Por ello mismo, es rechazable esa quietud, esa inamovilidad seráfica de los cuerpos doctrinarios exhibidos en el pensamiento manualesco. Un pensamiento que no se renueva a sí mismo es un pensamiento muerto. Su carácter de hueso teórica proviene de su separación de la práctica, que está en movimiento continuo. Ello es una forma de alienación, la alienación ideológica, que consiste en creer que las ideas marchan independientemente del movimiento histórico real (Silva: 2006, p.56).

Su perspectiva crítica enfatiza la necesidad de un modelo educativo vinculado a su entorno y particularidades históricas, para ello centra su crítica en esa concepción educativa que procura la transferencia de conocimientos y teorías sin considerar la historia material de ese período. Para él, estos modelos educativos lejos de contribuir a la creación de una conciencia crítica y transformadora, ideologizan y tienden a preservar la estructura social existente, en cuya estructura dominan relaciones de explotación a fin de justificar idealmente su propia estructura material de explotación, consagrándola en la mente de los hombres como un orden natural e inevitable, o filosóficamente hablando, como una nota esencial al ser humano.

Desde esa perspectiva, Ludovico no admite hablar de ideología revolucionaria, dado que una revolución no puede genuinamente ser impulsada por prejuicios, fetiches o catecismos, sino contra ellos (Silva: 1984). Por lo que se requiere de una educación que sepa reconocer las condiciones materiales que engendran la explotación del ser humano, el patriarcado, la depredación ambiental y la acumulación de riquezas en pequeñísimas minorías. Se

necesita una educación problematizadora que contribuya a la emancipación de las conciencias.

Y es que para Ludovico, la ideología no es ingenua. Para él, ideología designa un sistema de valores y representaciones que tienden a preservar la estructura social existente. Por ello, propone hablar de conciencia y teoría revolucionaria, porque de lo que se trata no es de interpretar el mundo sino de transformarlo, proceso en el cual la educación juega un papel importantísimo (Silva: 1984). En ese sentido analiza el mecanismo que procura apreciar el proceso de mercantilización como algo natural y justo. Es así como fundamentándose en Marx y Engels retoma lo planteado en *La Ideología Alemana*, y dice:

Las ideas de la clase dominante son las ideas dominantes de cada época; la clase que ejerce el poder dominante en la sociedad es, al mismo tiempo, su poder espiritual dominante (...) La ideas dominantes no son otra cosa que la expresión ideal de las relaciones materiales dominantes, las mismas relaciones materiales dominantes concebidas como ideas; por tanto, la relaciones que hacen de una determinada clase, la clase dominante son también las que confieren el papel dominante a sus ideas. (Silva: 1984, p. 224)

Igual relación existe entre ideología y educación. Ambos conceptos están y han estado siempre estrechamente vinculados, relacionados. No se puede olvidar, que en el discurso educativo o pedagógico, cualquiera que sea, subyace siempre un discurso de carácter ideológico, por lo que sería imposible hablar de una educación neutral.

Son esas ideas de Marx, las que llevaron a Ludovico a formular su tesis de *Plusvalía Ideológica*. Expresión que procura proyectar el concepto de plusvalía de

Marx que implica la apropiación del excedente del trabajo material del obrero, por parte del dueño de los medios de producción, al plano ideológico. Con el agravante de que en este plano de la ideología el hombre es esclavizado y explotado en cuanto hombre y no en cuanto dueño de una fuerza de trabajo.

Ludovico Silva en este sentido dirá:

La industria ideológica explota al hombre en aquello que es específicamente suyo: la conciencia. Y lo explota colocando debajo de esta conciencia una ideología que no es la de ese hombre, sino la del capitalismo, y por ello constituye una alienación (ideológica). La plusvalía ideológica viene así dada por el grado de adhesión inconsciente de cada hombre al capitalismo. Este grado de adhesión es realmente un excedente de su trabajo espiritual; es una porción de su trabajo espiritual que deja de pertenecerle y que pasa a engrosar el capital ideológico del capitalismo, cuya finalidad no es otra que preservar las relaciones de producción materiales que originan el capital material. (Silva: 1984, p. 226)

En esta perspectiva, a partir de las premisas del marxismo, se han ido formando las diversas concepciones socialistas sobre la educación y alzado, también en nuestros días, las voces contra la denominada escuela capitalista de corte liberal o burgués. Se tiene la conciencia de que, en el mundo occidental, la educación y la escuela regidas por la lógica del capital, han sido causas de desajustes sociales, con sus implicaciones sociales, económicas y políticas. Ludovico, como resultado de ser parte de una tradición de escritores socialistas, concibe la escuela como reproductora de un orden social, económico, cultural e ideológico; como un modo de consolidar el dominio de las clases dominantes y de

reproducción de esa consolidación. (Silva: 1984)

El papel que juega la educación como instrumento para reproducir la ideología dominante del capitalismo -en el caso latinoamericano- hunde sus raíces en la propia historia de la región. Ludovico considera que desde los tiempos de la colonización se le asignó a la educación -junto con la religión- el rol de justificar la dominación y explotación impuesta por los europeos quienes eran ya portadores del imaginario capitalista y su expresión depredadora en materia económica.

Durante la colonización del continente se creó así una gigantesca zona del planeta puesta a trabajar, en condiciones paupérrimas, al servicio de la acumulación de capital en Europa. Lógicamente, esta condición material de explotación fue engendrando progresivamente su expresión ideológica, dado que, un sistema material como el capitalismo requiere para su consolidación que exista entre explotadores y explotados una ideología que justifique al sistema. En este sentido el colonizador convenció a muchos de que su propuesta económica no sólo era la mejor sino inevitable y necesaria. Y para ello creó toda una fuente productora de ideología justificadora a través de la educación y la religión. (Silva: 1984)

Se reprodujo así al calco el modelo de educación europeo, con el fin de crear una imagen del mundo que no se saliese de los marcos de la cultura occidental, y que por tanto justificase todo lo que en nombre de esa cultura se hiciese. Ludovico expresa en este sentido lo siguiente:

En nombre de esa cultura y de esa civilización imperiales se realizó, la depredación del Nuevo Mundo y la constitución en él de un mecanismo de producción material controlado y usufructuado por las clases dominantes de los países colonizadores. Pero también se constituyó la colonización mental, la reducción de la visión del mundo, conformada según patrones de consumo espiritual que en modo alguno correspondían a los patrones de consumo material de estos pueblos. (Silva: 1984, p. 165)

El hecho histórico, concreto, de la colonización inculcó patrones educativos y culturales adecuados a mundos y culturas diferentes a la de los pueblos del continente. De ahí que la escuela impartiera cultura latina, filosofía escolástica, teología y otras disciplinas en boga en las instituciones educativas europeas, pero jamás propiciaban el estudio de la propia realidad material e histórica del continente.

Esas reflexiones de Ludovico apuntan a dos temas ampliamente debatidos en la actualidad: eurocentrismo y colonialidad, como dimensiones de la cultura y de la ideología del modo de producción capitalista contemporáneo; los cuales son recurrentes a la hora de abordar la realidad educativa actual en virtud de que ambos aspectos continúan delineando el quehacer en la escuelas.

De ahí la necesidad transitar desde ese eurocentrismo hacia la decolonialidad en la educación, lo cual implica darse cuenta de que la explotación es algo histórico y, por consiguiente, reversible, eliminable, y que por lo tanto no es un fenómeno natural. Es decir, todo proceso de producción basado en la explotación -capitalismo- engendra una ideología -eurocentrismo- que lo justifica. Y esa ideología será la de aquellas clases sociales que controlen el proceso.

Más explícitamente Silva dirá lo siguiente:

Educación normativo-burguesa, no fue entre nosotros más que instrumentos para la mejor aceptación, por parte de los superexplotados, de la global ideología del colonialismo, nacida en su raíz no de educación o de religión, sino de superexplotación material. (Silva: 1984, p. 160)

Esa educación moderna y occidental no puede reconocer ni visibilizar entre los seres humanos su diversidad cultural, por cuanto su propósito formativo es homogeneizar y estandarizar, de ahí que sea una pedagogía colonizante. Frente a la diversidad de horizontes culturales, la existencia del otro con sus particularidades, la respuesta fue hacer que todo se pareciera al modelo europeo colonial. Esta es una pedagogía obsoleta, cuyos postulados epistémicos están en crisis, han caducado, y es por ello que el reto educativo contemporáneo está en trabajar por incorporar la perspectiva del pensamiento crítico en los planes y políticas educativas.

REFLEXIÓN FINAL

Cuando en todo el planeta se profundizan las políticas neoliberales en el ámbito educativo, volver la mirada sobre la herencia crítica del socialismo latinoamericano es una exigencia histórica. Desde el la recepción del socialismo utópico hasta la emergencia del socialismo crítico ha existido preocupación por un modelo educativo que contextualizado y territorializado interprete los anhelos del pueblo impulse nuevos mundos posibles de justicia y paz.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Alexander, Robert (1971). *El Partido Comunista en Venezuela*, México, Editorial Diana.

Baralt, Rafael M (1968). *Escritos Políticos en Obras Completas*. Tomo VI, Maracaibo, Universidad del Zulia.

Caballero, Manuel (1987). *La internacional comunista y la revolución Latinoamericana 1919-1945*, Caracas, Editorial Nueva Sociedad.

Caballero, Manuel (1995). *Gómez. El tirano liberal*, Caracas, Monte Ávila.

Capelleti, Ángel (1990). (Comp.) *El Anarquismo en América Latina*. Caracas, Biblioteca Ayacucho.

Capelleti, Ángel J (1994). *Positivismo y evolucionismo en Venezuela*, Caracas, Monte Ávila Editores.

Carrera D. German (1961). "Para la historia de los orígenes del socialismo en Venezuela" en *Revista de Cultura Universitaria*, UCV, Caracas.

Ciriza, A (2001). "Simón Rodríguez: un socialista utópico americano". En *Itinerarios socialistas en América Latina*. Estela Fernández Nadal (Compiladora), Córdoba, Acción Editora.

Fornet Betancourt, Raúl (2001). *Transformación del Marxismo, Historia del Marxismo en América Latina*, México, Editores Plaza y Valdés.

Guadarrama, P (1998). *Humanismo, Marxismo y Postmodernidad*, La Habana, Editorial Ciencias Sociales.

Kohan, Néstor (2008). *Aproximaciones al marxismo*, México, Ocean Sur.

Ledezma, Pedro (1978). *Marxismo y programas en la lucha antigomecista 1926-1936*, Caracas, UPEL.

Mariátegui, José C (1979). *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana*, Caracas, Biblioteca Ayacucho.

Mariátegui, José C (1985). *En defensa del marxismo*, Lima, Amauta.

Mariátegui, José C (1988). *Historia de la crisis mundial*. Lima, Empresa Editora Amauta.

Mariátegui, José C (2006). "Aniversario y balance" en *El Socialismo Latinoamericano. Un período hasta nuestros tiempos*. Ediciones Madres de Plaza de Mayo, Compilación Claudia Corol, Buenos Aires.

Martí, José (2001). "Congreso Internacional de Washington" en: *José Martí América para la humanidad*, La Habana, Centro de Estudios Martianos.

Marx, Karl y Engels, Friedrich (2007). *Manifiesto del Partido Comunista*, Madrid, Alianza Editorial.

Marx, Carlos y Engels, Federico (2008). *La Ideología Alemana*, Tomo I, Caracas, Fondo editorial el perro y la rana.

Marx, Carlos y Engels, Federico (2011). *Tesis sobre Feuerbach*, Caracas, El Perro y la Rana.

Mella, Julio Antonio (1975). *Documentos y artículos*, La Habana, Ediciones DOR.

Mijares, Augusto (1998). "Ideología de un oligarca" en *Lo afirmativo venezolano*. Obras completas. Tomo IV, Caracas, Monte Ávila Editores.

Moran Beltrán, Lino E (2005). "Gustavo Machado y los orígenes del marxismo en Venezuela" en *Revista de Filosofía*, N 49, Universidad del Zulia, Maracaibo, pp.28-46.

Moran Beltrán, Lino E. - Leon, Yohanka (2008). "Reflexiones en torno al pensamiento marxista de Ludovico Silva" en *Cuadernos Americanos*, N 124, UNAM, México, pp. 129-142.

Morán, L y Méndez, J (2013). *Pensamiento socialista venezolano del siglo XX ante la condición humana*. Maracaibo, LUZ, Ediciones Vicerectorado Académico.

Rama, Carlos 1976. *Historia del Movimiento Obrero Y Social Latinoamericano Contemporáneo*, Barcelona, España,

Editorial LAIA.

Rama, Carlos (1977). Prólogo a: *Utopismo Socialista (1830-1893)*, Tomo 26, Caracas, Biblioteca Ayacucho.

RAMIS, Pompeyo (1978). *Veinte filósofos venezolanos (1946-1976)*, ULA, Mérida.

RIU, Federico (1996). *Obras Completas*. Tomo I, Caracas, Monte Ávila Editores.

Rodríguez, Simón: *Obras Completas (1978)*. 2-V. Caracas, Universidad Simón Rodríguez.

Sánchez, Key (1984): "Pío Tamayo y el horizonte de la doctrina revolucionaria" en: *Pío Tamayo un combate por la vida*. Recopilación y notas a cargo de Mery Sananes y Agustín Blanco Muñoz. UCV. Caracas.

Silva, Ludovico (1971). *Teoría y práctica de la ideología*, Caracas, Editorial Nuestro Tiempo.

Silva, Ludovico (1974). *Marx y la alienación*, Caracas, Monte Ávila Editores.

Silva, Ludovico (1975). *De lo uno a lo otro*, Caracas, EBU.

Silva, Ludovico (1975). *El estilo literario de Marx*, Caracas, Siglo XXI Editores.

Silva, Ludovico (1978). *El marxismo y los intelectuales*, Caracas, Monte Ávila Editores.

Silva, Ludovico (1982). *Humanismo clásico y humanismo marxista*, Caracas, Monte Ávila Editores.

Silva, Ludovico (1984). *La plusvalía ideológica*. Universidad Central de Venezuela, Caracas, Ediciones de la Biblioteca.

Silva, Ludovico (2006). *Antimanual para uso de marxistas, marxólogos y marcianos*, Caracas, Fondo Editorial IPASME.

Silva, Ludovico (2011). *Belleza y Revolución*, Caracas, Alcaldía de Caracas.

Ugalde, Luis (2005). *El gomecismo y la política panamericana de Estados Unidos*, Caracas, Ediciones UCAB.

Urbaneja, Diego B (2003). *La política venezolana desde 1899 hasta 1958*, Caracas, UCAB